

MI VIDA EN DECONSTRUCCIÓN - ERRE QUE ERRE

CRISTINA DE PERETTI*

Resumen: En este texto, la autora nos habla de lo que denomina su «vida en deconstrucción». De este modo, rememora sus años de estudiante en la Universidad Complutense de Madrid en donde, a pesar de unas circunstancias no muy favorables, oye por primera vez hablar de Derrida a un joven profesor de filosofía, Ángel Currás; recuerda su primer encuentro con aquél así como las posteriores estancias de Derrida en España. Finalmente, tras un breve balance del camino recorrido (publicaciones, institución universitaria) por el pensamiento de Derrida en este país desde los años 70 hasta hoy, la autora describe en pocas palabras su colaboración con Paco Vidarte, y lo que para ella significa esa «vida en deconstrucción».

Palabras clave: Derrida, deconstrucción.

Résumé: Dans ce texte, l'auteur nous parle de ce qu'elle appelle sa «vie en déconstruction». C'est ainsi qu'elle remémore ses années d'étudiante à l'Université Complutense de Madrid où, malgré des circonstances peu favorables, elle entend cependant pour la première fois un jeune professeur de philosophie, Ángel Currás, parler de Jacques Derrida: qu'elle rappelle sa première rencontre avec celui-ci ainsi que les séjours de Derrida en Espagne qui vont suivre. Finalement, après avoir fait un bref bilan du chemin parcouru (publications, institution universitaire) par la pensée de Derrida dans ce pays depuis les années 70 jusque'à nos jours, l'auteur décrit en peu de mots son propre travail avec Paco Vidarte, et ce que signifie pour elle cette «vie en déconstruction».

Mots clés: Derrida, déconstruction.

«Éste es *mi* bien, esto es lo que yo amo, así me agrada del todo, únicamente así quiero *yo* el bien» (Nietzsche)

Este texto pretende ser un testimonio. Un testimonio de lo que para mí significa la deconstrucción (y, para entendernos mínimamente, desde el primer momento quiero dejar claro que cuando aquí hablo de deconstrucción, de «la» deconstrucción, tan sólo me refiero, de forma sin duda excesivamente económica y a la vez probablemente con frecuencia no muy adecuada —sobre todo si se emplea el término en singular, como yo voy a hacer—, a lo que es el pensamiento de Jacques Derrida, esto es, a lo que él hace, piensa y escribe, lo cual, por otra parte, tampoco puede considerarse en modo alguno —de ahí la escasa pertinencia del singular— como una especie de «todo homogéneo»); y un testimonio asimismo que quiero dar, en tanto que testigo y a la vez parte implicada, de cuáles son los avatares y derroteros por los que aquí, en nuestro país, ha ido pasando la deconstrucción, desde mi primer contacto con ella, allá a mediados de la década de los 70 hasta hoy, 1999, año en el que estoy escribiendo este texto.

* Dirección para correspondencia: Cristina de Peretti. Profesora Titular de Filosofía. Departamento de Filosofía, Facultad de Filosofía. UNED, c/ Senda del Rey, s/n. Edificio de Humanidades, 28040 Madrid. E-mail: mperetti@fsof.uned.es

Tres han sido, sin duda alguna, los encuentros que han marcado y marcarán ya para siempre mi vida filosófica. Mi «vida filosófica», que es otra forma de decir mi vida en deconstrucción, o mi vida sin más porque la deconstrucción, para mí, no es sólo una opción con la que me siento plenamente identificada desde un punto de vista filosófico sino que es, ante todo y sobre todo, una opción vital con la que me considero día a día comprometida y a la que ni puedo ni quiero renunciar. Y, para contar esa vida mía en deconstrucción, tengo que empezar por el comienzo, por «mi» comienzo, por mi primer contacto con ella, con la deconstrucción, con esa palabra que me asediará constantemente, con el pensamiento de Jacques Derrida que ya nunca podrá dejar de solicitarme y con sus textos, densos, rigurosos, proliferantes, como «múltiples cabezas de lectura» para tantos otros textos... Pues bien, mi primer contacto con la deconstrucción se lo debo, y se lo agradeceré toda mi vida, a Ángel Currás.

Corría la segunda mitad de los años 70. Ya había algunos textos de Derrida, artículos sobre todo, casi ningún libro, traducidos al castellano, o tal vez aquí habría que decir al español, pues salvo honrosas y brevísimas excepciones de editoriales españolas, todas esas traducciones eran obra de editoriales argentinas, chilenas, mejicanas¹. En las universidades españolas nadie hablaba de Derrida. Mejor dicho, casi nadie. En marzo de 1977, Patricio Peñalver presentaba en Murcia su Tesis doctoral en donde, al hilo de la fenomenología, estudiaba también a Derrida². Siempre me he preguntado cuál pudo ser el tribunal que juzgó su Tesis, cómo fueron recibidas sus menciones al pensamiento de Derrida, etc., etc. Yo, en ese momento, no conocía todavía a Patricio, no le conocería hasta mucho más tarde, en 1982, año en el que vi también por primera vez a Derrida y del que hablaré, por lo tanto, más adelante. Pero nunca le he preguntado a Patricio nada de todo esto. Tal vez ahora, a raíz de este texto, él mismo me aclare uno de estos días lo que para mí constituye no sólo una mera curiosidad, sino verdaderas incógnitas.

Decía, pues, que en las universidades españolas, en esa época, nadie, o casi nadie, o prácticamente nadie, que yo sepa al menos, hablaba de Derrida. Desde luego, así ocurría en la Universidad Complutense de Madrid en donde yo estudiaba Filosofía. Nadie hablaba allí de Derrida. Nadie, salvo Ángel Currás. Un joven profesor adjunto —así se llamaban en esos años los que ahora conocemos como profesores titulares— de Metafísica que, en sus clases de ontología, de teodicea y en sus cursos de doctorado, no dudaba en abordar a los «clásicos» de toda la vida, desde Platón a Heidegger, a partir de los textos y del talante de pensadores franceses contemporáneos como Derrida o

1 Recordemos que, por aquel entonces, las únicas traducciones de libros de Derrida eran: *De la gramatología*, Trad. O. del Barco & C. Ceretti. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1971; *La diseminación*, Trad. J. Martín. Madrid, Fundamentos, 1975 y *Posiciones*, Trad. M. Arranz. Valencia, Pre-textos, 1977.

En cuanto a los artículos de Derrida traducidos al castellano, creo que ésta es la lista completa de los que existían en esa época: «'Génesis y estructura' y la fenomenología» en AA.VV.: *Las nociones de estructura y génesis*. Trad. Fl. Mazía. Buenos Aires, Proteo, 1969; «La lingüística de Rousseau» en J.J. ROUSSEAU: *Ensayo sobre el origen de las lenguas*. Trad. A. Drazul. Buenos Aires, Calden, 1970 y en AA.VV.: *Presencia de Rousseau*. Trad. J. Sazbón. Buenos Aires, Nueva Visión, 1972; «La différance» en AA.VV.: *Teoría de conjunto*. Trad. S. Oliva, N. Comadire & D. Oller. Barcelona, Seix Barral, 1971; *Tiempo y presencia*. Trad. P. Marchant. Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1971; «La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas», Trad. E. Trias y «El teatro de la crueldad y la clausura de la representación», Trad. A. González Troyano en J. DERRIDA: *Dos ensayos*. Barcelona, Anagrama, 1972; «El pozo y la pirámide. Introducción a la semiología de Hegel» en AA.VV.: *Hegel y el pensamiento moderno*. Trad. R. Salvat. México, Siglo Veintiuno, 1975; «La palabra soplada» en AA.VV.: *El pensamiento de Antonin Artaud*. Trad. A. Drazul. Buenos Aires, Calden, 1975; y *El concepto de verdad en Lacan*. Trad. H. Acevedo. Buenos Aires, Homo Sapiens, 1977.

2 Dicha tesis doctoral sirvió de texto base para el libro que, dos años más tarde, publicaría Patricio Peñalver: *Crítica de la teoría fenomenológica del sentido*. Universidad de Granada, 1979.

Deleuze, por ejemplo³. A pocos de los entonces estudiantes o licenciados que asistimos, durante esos años de mediados y finales de los 70, a sus cursos dejó Ángel Currás indiferentes. Y a una gran mayoría nos marcó, nos conmocionó, nos solicitó, nos conmovió como un todo, haciendo que lo que hasta el momento nos habían «contado y enseñado» se tambalease desde sus cimientos y temblase en su totalidad. Aún hoy, cuando me encuentro con compañeros de esa época, algunos amigos, otros conocidos, otros incluso desconocidos pero con los que, al hilo de una conversación, descubro que hemos estudiado Filosofía por las mismas fechas en la Complutense, el nombre de Ángel Currás es el que, de inmediato, surge con admiración, con agradecimiento y con nostalgia en nuestro recuerdo común. Porque, para los estudiantes que lo hemos conocido, Ángel no sólo era un magnífico profesor que nos habló de y nos abrió a pensadores de los que ignorábamos hasta el nombre; era asimismo un profesor generoso que no dudaba en dedicar a sus alumnos todo su tiempo. Nunca podré olvidar, por ejemplo, que, después de haber leído los dos textos que Derrida tenía entonces sobre Artaud y, decidida ya a entrar de lleno en el pensamiento de Derrida, le pregunté un día a Ángel qué debía seguir leyendo. Él me dejó su libro de *Positions* (también era generoso prestando sus libros) y me dijo que apuntase todas las dudas que tuviera, y que luego hablaríamos. Al cabo de unos días, yo me había leído el libro ¡y tenía 30 folios de dudas! Ángel dedicó una tarde entera a aclararme esas preguntas una por una. Con el tiempo, no mucho tampoco (de todas formas, desgraciadamente, ya tampoco quedaba mucho tiempo), algunos de nosotros tuvimos el inmenso privilegio —así lo he sentido yo siempre— de formar parte de un grupo de trabajo que él puso en marcha. Hasta su muerte, en enero de 1979. Él acababa de cumplir 33 años. Tras su muerte, y durante semanas, la puerta de su despacho de la Complutense se cubrió de una multitud de «epitafios» con los que sus alumnos quisimos dejar espontáneamente constancia de nuestro reconocimiento y, ya, de nuestra añoranza. De todo esto hoy hace exactamente 20 años.

Para mí, Ángel fue un amigo y mi primer maestro, el primer maestro de mi vida en deconstrucción. Con él aprendí a vivir la filosofía. Él me enseñó a Derrida. Por eso, la deconstrucción, para mí, nunca dejará de estar ligada a él y nada de lo que yo haya podido hacer, pensar o escribir desde entonces hasta ahora me hubiera sido posible si no le hubiera conocido. Quisiera, por lo tanto, que estas páginas que ahora escribo para un número de revista monográfico dedicado al trabajo de Derrida sean también el testimonio de la inmensa admiración, cariño y gratitud que siempre le profesaré a Ángel Currás. Cada vez que pienso en él, me acuerdo de unos versos escritos por Nietzsche. Yo no sabría expresar mejor lo que Ángel Currás ha supuesto para mí, para mi vida en deconstrucción:

«Morir así,
como un día lo vi morir,
al amigo que relámpagos y miradas
divino lanzó en mi oscura juventud.
Atrevido y profundo,
un bailarín en la batalla;

3 Desgraciadamente, Ángel Currás murió joven y, por consiguiente, su obra escrita es escasa. Sirvan, no obstante, de ejemplo de su discurso y de su índole por lo menos tres de sus magníficos textos: «La doble articulación del discurso en la *Ethica* de Spinoza: tarea crítica y proyecto liberador» en *Anales del Seminario de Metafísica* (Madrid), X, 1975; «Hume: Realidad, creencia, ficción» en *Anales del Seminario de Metafísica* (Madrid), XI, 1976; «Heidegger: el arduo sosiego del exilio» en *Anales del Seminario de Metafísica* (Madrid), XII, 1977.

[...]
 Morir así,
 como un día lo vi morir;
 venciendo, *aniquilando...*»⁴

El segundo encuentro que ha marcado mi vida, mi vida en deconstrucción, es, como no podía ser menos, mi encuentro con Derrida, mi otro gran maestro. Al principio, mi encuentro con sus textos, con su pensamiento, acerca de los cuales, durante un tiempo, pude debatir, como ya he explicado, con Ángel Currás. Luego, tras la muerte de éste, no me quedó más que mi mano a mano con aquéllos, un largo mano a mano solitario y mudo que me hubiera permitido hacer mía, de haberla conocido en esos momentos, una frase que Derrida no escribiría, en un contexto sin duda muy distinto, sino muchos años después: «*Voilà qui reste, selon moi, la solitude absolue d'une passion sans martyre*»⁵. Hasta el mes de marzo de 1982 no tuve mi primer encuentro con Derrida en persona. En esa época, yo trabajaba en la biblioteca de la Facultad de Filosofía de la Complutense y preparaba mi tesis doctoral sobre Derrida. Un día, Ripi (conocido asimismo como José M^a Ripalda), que venía con frecuencia por la biblioteca y con el que yo hablaba a veces de Derrida pues un amigo común me había dicho que, en Berlín, Ripi había conocido hacía años a Derrida en un seminario sobre Hegel, me comentó que la Facultad de Filosofía y Letras de San Sebastián, entonces en el campus de Zorroaga, había invitado a Derrida durante ese año académico, 1981-1982, a impartir un curso de doctorado sobre «La filosofía como institución»⁶. La primera sesión había tenido lugar en el mes de noviembre. Yo no me había enterado. Pero, cuando Ripi me informó de que Derrida daba ese curso y añadió que él pensaba asistir, pocos días después, a la sesión de marzo, le acompañé. Y, por fin, pude conocer a Derrida y hablar con él. Me resulta muy difícil traducir en palabras todo el cúmulo de pensamientos y sentimientos que fueron en esos momentos los míos cuando vi aparecer a Derrida por la puerta de la Facultad de Zorroaga, cuando le oí por primera vez impartir un curso, cuando le escuché desentrañar «*de viva voz*», con tanta genialidad como meticulosidad, *El conflicto de las Facultades* de Kant el primer día y, al día siguiente, el *Ecce Homo* de Nietzsche, cuando —finalizada la primera sesión— me acerqué para hablarle, para comentarle que estaba haciendo mi tesis doctoral sobre su pensamiento y para enseñarle unos primeros bocetos de la misma. Así como cuando, más tarde, durante la cena, estuve sentada a su lado, hablando ya más extensamente con él, viéndole encender su pipa con toda parsimonia... Ese acontecimiento tan esperado, mi primer encuentro con Derrida, fue de hecho para mí algo muy contradictorio porque, en el momento mismo en que todo aquello estaba aconteciendo, todo y ello se me estaba antojando a la par algo irreal, increíble, inaudito, sin duda también, sobre todo porque yo no podía dejar de vivir ese encuentro a la postre real y, para mí, gozoso como algo no obstante tremendamente espectral, esto es, como algo presidido por la presencia irremediamente ausente o por la ausencia irrenunciamente presente de Ángel Currás, quien tan espléndidamente conoció el pensamiento de Derrida y nunca sin embargo le llegó a conocer en persona. Mi primer encuentro con Derrida fue por lo tanto, dicho en pocas palabras, una experiencia única, deslumbrante, inolvidable y a la vez espectral y terriblemente triste, plagada de evocaciones y de recuerdos...

4 Cfr. el texto completo de esta preciosa «Última voluntad» perteneciente a los *Ditirambos de Dioniso* en NIETZSCHE, F.: *Poesía completa*. Edición y traducción de L. Pérez Latorre. Madrid, Trotta, 1998, pp. 66-67.

5 DERRIDA, J.: *Passions*. Paris, Galilée, 1993, p. 71.

6 Las sesiones que se citan a continuación y que impartió Derrida en ese curso de doctorado están recogidas en castellano en DERRIDA, J.: *La filosofía como institución*. Trad. de A. Azurmendi. Barcelona, Juan Granica, 1984.

Volví a ver a Derrida en la sesión del mes de mayo en Zorroaga, en la que comentó —como sólo él sabe hacerlo— el texto de Kafka titulado *Ante la ley*. No recuerdo ya muy bien si fue en esa sesión del mes de mayo o en la anterior del mes de marzo cuando conocí a Patricio Peñalver al que, a partir de entonces, me uniría ya siempre un vínculo para mí incuestionable: el de nuestro común entusiasmo por el trabajo de Jacques Derrida. Han sido muchas, desde ese momento, las veces que he vuelto a ver a Derrida y hasta me atrevo a afirmar que, independientemente del interés, de la admiración y de la adhesión que suscita en mí su pensamiento, a lo largo de todos estos años, se han ido tejiendo unos lazos de amistad y de afecto que asimismo me unen a su persona.

Desde 1982 —decía—, he tenido pues la suerte de asistir a muchos seminarios y conferencias de Derrida no sólo con motivo de viajes o estancias mías en París, de algunos coloquios internacionales organizados en torno a su trabajo sino también con motivo de las varias ocasiones —nunca tantas como algunos quisiéramos— en que Derrida ha viajado de nuevo a nuestro país. Recordemos brevemente estas últimas. En el mes de diciembre de ese año, 1982, Derrida intervino junto a René Major, en el Instituto Francés, primero de Barcelona y después de Madrid, en un encuentro entre filosofía y psicoanálisis. En Madrid, Derrida participó también, con profesores de la Uned y de la Universidad Complutense, en una mesa redonda sobre la función institucional de la filosofía⁷. Tras un paréntesis de casi cinco años en que Derrida no volvió por aquí, se puede decir que, a partir de 1987, sus visitas a España se han regularizado bastante. En ese año, participa en una mesa redonda que tiene lugar en la Facultad de Derecho de Valencia dentro del marco de un Simposio Internacional sobre «La ley» organizado por la ya mencionada Facultad de Filosofía de San Sebastián y por el *Collège International de Philosophie* de París. En 1989, vuelve Derrida a Madrid para dar en la Uned unas conferencias sobre Heidegger y sobre Benjamin⁸. Durante esa misma estancia, y con ocasión de varias publicaciones castellanas de él y sobre él realizadas por la Editorial Anthropos, viaja también a Barcelona en donde imparte dos conferencias, una en la Sede de la citada editorial y otra en la Facultad de Filosofía de la Universidad Central de Barcelona. En 1990, viaja a Murcia, invitado por Patricio Peñalver⁹. En 1994, vuelve de nuevo a Murcia, a petición otra vez de Patricio y, seguidamente, a la Uned de Madrid en donde, además de una sesión pública en la que dio una conferencia¹⁰, Derrida se reunió, al día siguiente, con un grupo de profesores, estudiantes y licenciados de Filosofía que llevamos ya años trabajando sobre su pensamiento. En 1997, nueva estancia de Derrida en Madrid durante la cual da dos conferencias en el Instituto de Filosofía del C.S.I.C.; participa en dos mesas redondas con filósofos y arquitectos en un encuentro organizado por la Escuela Técnica Superior de Arquitectos de Madrid y por la Fundación de Investigaciones Marxistas; y vuelve a reunirse, para una sesión de trabajo, con el grupo de la Uned ya mencionado. Finalmente, en el mes de noviembre de 1998, se produce el —por el momento— último viaje de Derrida a Madrid para presidir el Tribunal que debía juzgar la defensa de la magnífica Tesis doctoral presentada por Paco Vidarte en la Uned con el título de «Una tesis en deconstrucción». Con motivo de esta visita, Derrida dio también una conferencia en la citada Universidad

7 Sobre esta problemática, cfr. DERRIDA, J.: *Du droit à la philosophie*. Paris, Galilée, 1990.

8 Cfr. los textos posteriormente reelaborados y publicados de dichas conferencias en «Philopolémologie», en *Politiques de l'amitié*. Paris, Galilée, 1994 (Trad. cast. de P. Peñalver y P. Vidarte. Madrid, Trotta, 1998) y *Force de loi*. Paris, Galilée, 1994 (Trad. cast. de A. Barberá y P. Peñalver. Madrid, Tecnos, 1997).

9 Cfr. el texto posteriormente reelaborado y publicado de esta conferencia en *Moscou aller-retour*. Paris, Éd. de l'Aube, 1995 (Trad. cast. de D. Reggiori en *Daimon. Revista de Filosofía* (Murcia) 5, 1992).

10 Cfr. el texto posteriormente reelaborado y publicado de esta conferencia en *Mal d'archive. Une impression freudienne*. Paris, Galilée, 1995 (Trad. cast. de P. Vidarte. Madrid, Trotta, 1997).

y, seguidamente, se desplazó a Valencia en donde, invitado por Manuel Asensi, clausuró el ciclo de conferencias sobre «El futuro de la Teoría de la Literatura» organizado por el Instituto de Estudios de Retórica de esa ciudad.

Como decía hace un momento, han pasado ya más de veinte años desde que, como estudiante, oí por primera vez, junto con todos mis compañeros de la época, pronunciar, en boca de Ángel Currás, el nombre de Jacques Derrida en las aulas de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Al volver la vista atrás, me doy cuenta de que, a pesar del todavía enorme desconocimiento que sigue existiendo en nuestro país en torno a la deconstrucción, a pesar de las tremendas reticencias que todavía hoy levanta entre profesores, filósofos, filólogos, escritores, etc., dicho pensamiento —al que con frecuencia se condena de forma sumarísima sin a menudo conocerlo siquiera—, el trabajo de Derrida va ganando terreno poco a poco, pero inexorablemente, en el panorama cultural de estas tierras. En la actualidad no son ya pocos los libros y artículos de Derrida traducidos al castellano si bien, últimamente y por las noticias que tengo, parece que vuelven a ser las editoriales sudamericanas las que están logrando comprar con más eficacia o quizá con mayor empeño los derechos de traducción de sus libros a nuestro idioma. La con frecuencia precaria distribución de muchas de estas editoriales en España va sin duda a impedir no obstante (y esto no deja de ser una desgracia lamentable) que las traducciones de algunos de los preciosos textos de Derrida de estos últimos años como son, por ejemplo, *Le monolingüisme de l'autre* o *Échographies*, se puedan leer con facilidad por estos lares. Esto, sin embargo, no parece afortunadamente ser un obstáculo para que los artículos y monografías publicados sobre Derrida en nuestro idioma¹¹ —y no me refiero aquí en modo alguno a traducciones— vayan en aumento de un tiempo a esta parte. En cuanto a las tesis doctorales que sobre el pensamiento de Derrida concretamente se han realizado en nuestras universidades, resulta sorprendente pero no por ello menos esperanzador que, tras las dos aisladas tesis defendidas —por mí y por Anna Poca— allá en la segunda mitad de los años ochenta y tras otro árido desierto de casi una década, el año 1998 nos haya proporcionado, en las universidades de Valencia, Granada y Uned, nada menos que tres tesis doctorales dedicadas específicamente al pensamiento derridiano, siendo por lo demás dos de ellas de una calidad realmente fuera de lo común. Bastante más numerosas son, de todas formas, las tesis doctorales que, empezando por la ya citada tesis de Patricio Peñalver allá por el curso 1976-77 y, siguiendo por la de Julián Santos en 1992, hasta llegar a alguna tesis defendida este último curso académico 1998-99, se ocupan a lo largo de sus páginas en mayor o menor medida —y con frecuencia de forma muy poco tangencial— del trabajo de Derrida y/o de la deconstrucción¹².

A pesar de todo este creciente interés manifiesto por la deconstrucción en nuestro país sería evidentemente ridículo cantar victoria y pensar que la deconstrucción ha logrado por fin romper las pesadas y férreas barreras tras las cuales se parapeta y resguarda, en España, buena parte de la institución académica. No cabe duda que, hoy por hoy, todavía son escasos los ámbitos universitarios en donde se enseña el pensamiento derridiano y, sin embargo, alguna vez me ha ocurrido encontrarme, en los lugares más insospechados, con estudiantes que, a título personal, habían leído a Derrida y que conocían perfectamente sus textos, y todo ello sin que, a menudo, sus profesores les hayan dicho nunca una palabra sobre él. A esos estudiantes no sólo les doy mi enhorabuena sino que

11 Cfr. la bibliografía en castellano de y sobre Derrida establecida por Paco Vidarte en Internet: <http://hydra.umn.edu/derrida/esp.html>

12 Quien esté interesado puede consultar una relación de todas estas tesis doctorales en la Base de Datos de Teseo editada en Internet por el Ministerio de Educación.

les animo, allí donde estén, a que den señales de vida y se unan a la todavía reducida «tribu» de «deconstructivistas» que transitamos por estas latitudes. Como bien saben ellos, la deconstrucción, que ni tiene ni gusta de *numerus clausus*, siempre está abierta a lo otro y al otro por venir.

En relación, de alguna forma, con esto último pero también en tanto que constituye una de las experiencias más gratificantes de mi vida en deconstrucción, no quiero dejar de hablar aquí de ese grupo de trabajo de la Uned al que ya me he referido en alguna ocasión en este texto. Dicho grupo surgió ... yo creo que habría que decir literalmente que ... de forma espontánea a partir del curso de doctorado «Traducción y deconstrucción» celebrado en la Facultad de Filosofía de esta Universidad durante los cursos 1990-91 y 1991-92. De dicho curso procede, por consiguiente, el nombre del grupo, el nombre que nos hemos otorgado a nosotros mismos como Grupo Decontra¹³. Un grupo del que, del curso 1990-1991, apenas quedamos tres o cuatro personas; del que, por motivos muy diversos de índole intelectual, laboral o personal, a lo largo de estos años, se han ido marchando algunos de sus miembros, viniendo asimismo a incorporarse a él otros tantos componentes de muy variada procedencia y con intereses vitales y filosóficos no menos plurales. Un grupo, pues, sumamente heterogéneo, al que sin embargo unen, además de unos vínculos indudables de compañerismo y de amistad, una innegable inclinación por el pensamiento derridiano así como una irrefrenable predilección por el poliloquio, práctica en todo caso muy deconstructiva en la que se mezclan siempre más de una voz, siempre más de una posición, siempre más de una lengua.

En 1994 a dicho grupo viene a sumarse Paco Vidarte, hoy por hoy ya doctor tras la realización y defensa en la Uned de una excepcional tesis en torno a la deconstrucción derridiana y, por aquel entonces, alumno de doctorado recién licenciado en Filosofía por otra Universidad. Mi encuentro con Paco constituye de hecho para mí ese tercer encuentro que, como indiqué al principio de este texto, marcará para siempre mi vida filosófica, mi vida en deconstrucción. Con Paco recuperé algo que creí irremediamente perdido al morir Ángel Currás: la posibilidad de estar horas y horas hablando de deconstrucción pero también la posibilidad de entender al otro y de que el otro me entienda con medias palabras, la posibilidad de referirnos a algunos de esos textos menos conocidos de Derrida sabiendo que ambos los conocemos y los hemos leído, la posibilidad, en suma, de volver a tener un interlocutor, una especie de cómplice del que además, y a pesar de la diferencia de edad que nos separa a Paco y a mí y de haber sido yo quien «inició» a Paco en la deconstrucción, siempre tengo algo que aprender. Unidos por nuestra común querencia del pensamiento derridiano y pese a ciertos desacuerdos sin duda inevitables, son ya muchas las tareas filosóficas en las que, desde 1994 hasta hoy —y espero que así siga siendo en el futuro—, hemos venido cooperando codo con codo. Gracias a su inteligencia así como a esa chispa de genialidad que acompaña a Paco, las colaboraciones en las que me embarco con él siempre me parecen, más que un simple trabajo intelectual prefijado y ya encauzado, unas intrépidas empresas que, sin perder un ápice de rigor, ni sé ni quiero saber de antemano adónde nos van a llevar. Ni que decir tiene, pues, que traducir con Paco se convierte así en una fiesta de «fuegos de palabras», escribir con él un artículo se torna una peripecia que nos conduce por derroteros insospechados y con frecuencia por descubrir, y dar una conferencia junto a él supone irremediamente estar siempre abierto a lo por-venir, al

13 Además de la traducción castellana de los cuatro textos correspondientes al Apartado II de *Du droit à la philosophie* (ed. cit.) publicada en nuestro país con el título de *El lenguaje y las instituciones filosóficas*. Barcelona. Paidós, 1995, el Grupo Decontra tiene un libro con colaboraciones de algunos de sus miembros y coordinado por Paco Vidarte: *Marginales. Leyendo a Derrida*. Madrid. UNED, 2000.

acontecimiento, a la incógnita de lo que pueda o no ocurrir durante nuestra intervención o en los posteriores debates siempre animados y a menudo polémicos.

En todo caso, por lo que a mí respecta, no concibo ni espero concebir nunca otra forma de vivir, de vivir la filosofía, de vivir lo que me gusta llamar «mi vida en deconstrucción» que como algo parecido a una aventura llena de experiencias indecibles y de retos difíciles, si no imposibles, que no por eso hay que dejar de vivir, de afirmar, o tal vez habría que decir más bien que, *precisamente por ser difíciles, imposibles, no hay que dejar de vivirlos, de afirmarlos*; una arriesgada aventura, pues, en la que, rechazando cualquier tipo de criterio previo, toda decisión que se tome ha de ser (re)inventada cada vez. Todo ello sin olvidar tampoco algo que Nietzsche nunca dejó de proclamar: «¡Aprended, pues, a reiros de vosotros sin preocuparos de vosotros! Levantad vuestros corazones, vosotros buenos bailarines, ¡arriba! ¡más arriba! ¡Y no olvidéis tampoco el buen reír!»¹⁴.

(Junio 1999)

14 NIETZSCHE, F.: *Así habló Zaratustra*. Trad. cast. de A. Sánchez Pascual. Madrid, Alianza, 1981, 10ª ed., p. 394 («Del hombre superior», & 20).